Un Novelista Kolla

EL indio es una esfinge. Habita un orbe hermético, inaccesible al blanco y al mestizo. No comprendemos ni sus formas de vida ni su mecanismo mental. El sociólogo y el narrador no alcanzan a modelar la materia viva de lo indio: divagan. El indio tal como lo entiende Tamayo, por ejemplo, es un indio ideal: no existe. Tal como lo ve Arguedas en *Raza de bronce* es puro cromatismo: pintura sin volúmenes. Hablamos del indio como del factor-masa de nuestra nacionalidad; en verdad le ignoramos, por desconocer su psique individual y su drama colectivo. El indio vive. El indio actúa y produce. El indio no se deja entender, no desea comunicación. Hosco, silencioso, inmutable, habita un mundo cerrado. El indio es un enigma.

Pero quien lea *Altiplano*, vigorosa novela de Raúl Botelho Gosálvez, pensará en forma distinta. No hay tal enigma ni esfinge tan adusta. El indio es un ser humano, tal vez un tanto elemental en sus reacciones emotivas, tal vez algo retrasado y primitivo en sus hábitos; ser humano al fin, susceptible de mejora o empeoramiento según le traten los demás. Su apego a la tierra, su estoicismo en el infortunio, su callar ante el blanco, su sometimiento al mestizo, su sentimiento de solidaridad social en la lucha por la vida, dicen a gritos lo que no queremos entender: el drama indio requiere una siembra de amor y una pedagogía agraria. Dadle afecto, dadle tierras, asegúradle una vida pacífica de dueño y señor de su parcela, y el indio no tardará —dos, tres generaciones— en incorporarse a la gran masa civil. Cuando el indio sea propietario real e indespojable de su suelo, el día que ni el gamonal ni el tinterillo puedan arrebatárle su heredad o sus animales, estará ganada la primera batalla por su redención económica y social. La sociedad moderna descansa en el principio de propiedad; y el indio sólo será buen ciudadano, si

le dejamos ser propietario efectivo de lo suyo. Bien leído, este libro no es sólo un recio alegato social, sino un clarinazo de verdad: enseña.

Su autor, Raúl Botelho Gosálvez, es un joven novelista "kolla" que no llega a la treintena. Autor de *Borrachera verde* y *Coca*, obras en tono menor que llamaron la atención de la crítica, nos da hoy su tercer libro: *Altiplano*, que tiene ya la anchura de la novela.

Botelho ha leído mucho, supo asimilar, mas no se hundió en la poza de las influencias. Rivera, Gallegos, Güiraldes, Reyes, Lynch le son familiares. Conoce las escuelas insurreccionales del Perú y del Ecuador. Admira a México y a Rusia. Venera a Dostoiewski. Tal vez soñó componer un ciclo gigantesco al modo de *Los campesinos* de Reymont. Lee Conrad, Lawrence, Kipling. Pero éstos son simples hitos de educación literaria. En el fondo sólo le interesan sus gentes y paisajes nativos: lo boliviano. Descubrir, interpretar nuestra realidad ambiente, con esa tercera vista estética que desdeña la tendencia política y social. Este ansioso explorador de la tierra y del alma nacionales, que como el peruano Ciro Alegría teje la malla de sus sueños con el hilo de la emoción nativa, ha compuesto un libro extraordinario: *Altiplano*. Y a quien objetare que *El mundo es ancho y ajeno* es más novela en extensión y en técnica narrativa, podríamos replicarle: pero el indio de *Altiplano* es más fidedigno y el paisaje sentido con mayor potencia lírica.

El libro de Botelho nos hace sentir la hondura dramática del problema indígena. Su virtud radica en que alejándonos del planteamiento político, económico y estético, nos sitúa en el núcleo mismo del asunto: el hecho humano, que nos hiere a todos y a todos nos obliga. Porque *Altiplano* es el drama indio en toda su extensión, su hondura y su pavora. Su valor ético, testimonial, no tiene precio. Es la verdad significativa de lo real, captada con belleza y precisión. Es el indio vivo, con su miseria y su estoicismo, con su fortaleza y su misterio, con su ancestralia mágica y telúrica, con su esperanza muda, inquebrantable. El "ayllu" de Jatun-Kolla pertenece ya a la geografía literaria de América.

La novela está sólidamente construida. Tiene unidad de fondo y forma. El tema entrañable: la vida indígena. La estructura armónica: hábil distribución de masas, trama bien llevada, sentido del ritmo y los contrastes. Botelho aplica —consciente o inconscientemente— el buen mecanismo narrativo: comenzar con vigor, dejar

caer el relato, volver a suspenderlo por la mitad, dejarlo caer otra vez, y terminar con una elevación final. Es la "W" que todo autor persigue. El estilo vigoroso, sintético, denota la zarpa "kolla"; fluye con soltura, dialoga fácilmente. En materia estilística, *Raza de bronce* es la loma chata y desigual. *Altiplano* tiene la belleza y la energía de una pirámide de nieve. El sentimiento estético del paisaje en este joven novelista, es de linaje esquiliano: concepción brusca y fuerte de las líneas esenciales, vuelo atrevido en las metáforas, exaltación panteísta de la naturaleza. El Ande alienta con toda su grandeza y pesadumbre en esta prosa masculina, eléctrica, que anda con andar de puma, elástico y seguro. El alegato social sobrio y veraz, aunque a veces las tintas se recarguen un tanto. ¿Los defectos? Se pierden en la multitud de las excelencias del libro, de este libro matinal que anuncia un escritor de garra.

Botelho conoce y ama Bolivia con pasión devota. Su intrépida juventud discurrió en la selva virgen, en los anchos ríos, en el "yunga" tropical, en los valles templados, en la meseta andina. Su visión de la comunidad de Jatun-Kolla, es pues visión directa, como lo son esos brochazos magistrales con que describe la aldea mestiza, el trópico yungeño, la vida en las altas minas. He aquí un libro típicamente boliviano, de continente y contenido, que todo boliviano debe conocer para reconocerse en su mensaje de fe; porque es mensaje de fe el que traen estas páginas estremecidas de emoción, enraizadas en el subsuelo del ancestro y de la autoctonía, que claman por la superación del caos geográfico y del desorden social en que vivimos. Botelho es un maestro de la percepción folklórica. Relata las faenas agrícolas, las bodas, las fiestas y danzas indígenas, las costumbres todas del indio, con el fervor y el primor de un visionario del Milquinientos. El éxodo determinado por la sequía, aunque no se movilen grandes masas como en *La buena tierra* de Pearl Buck, tiene un patetismo trágico que desafía los mejores modelos en el género. La expulsión de los perros es un pasaje imborrable. Y ese capítulo de la sequía es de una tal fuerza plástica que aterra. Novela descriptiva, costumbrista y lírica a un mismo tiempo, *Altiplano* es un friso violento donde alternan figuras dinámicas y estáticas del orbe andino.

¿Qué decir de los personajes? Aquí es donde se estrellan los exégetas y los denostadores del indio. Pero aquí es donde se impone justamente la perspicacia del novelista. Con mirada zahorí, Botelho penetra la casi impersonal psicología del nativo. El capítulo "El sig-

no escalonado" vale por un tratado de sociología indígena. Los orgullosos Vilca, el prudente Paulo Huanca, el infortunado Condori expresan los tipos sociales de la comunidad de Jatun-Kolla; pero en sus rasgos y en sus actos se retratan los comuneros de cualquier caserío andino. Son la materia humana, la materia elemental de la América India. Pero estos indios han sido calados con tal destreza por el narrador, que a través de su hermetismo y su hurañía, sopla un aire de ternura comunicativa. No hablan sólo al sentimiento nacional o americano. Hablan a todos los hombres libres del mundo.

Botelho ve las clases medias con pupila irónica y despectiva. Curas, alcaldes, subprefectos, mayordomos, las plagas del indio, cruzan la novela bajo un látigo satírico. Un fino humorismo esmalta estos brotes de sátira social, que a veces pecan de ingenuidad, mas no de falta de verdad.

"Allpacamasca", tierra animada, llama el indio al ser humano. Y es en este concepto de pura teluricidad, en esta mística relación del suelo con su poblador, donde Botelho ha proyectado su relato. No comprende al habitante quien no capta el sentido de su tierra. No entenderá la tierra quien no capte al poblador. Por eso en *Altiplano*, los dos grandes personajes que dominan la novela, son en realidad: la tierra madre, la tierra antigua y sabia, la "Pachamama" del ancestro, encarnada en la alta y rojiza peñería de Jatun-Kolla; y la comunidad indígena, el "ayllu" milenario, el centro nuclear y protector, de cuya actividad depende la existencia individual del indio.

Altiplano: sí, Bolivia. O una mitad de Bolivia que debe hacer pensar y reaccionar a la otra mitad. Mientras legisladores ilusos devanean la doctorización del autóctono, un hombre joven, un hombre de fe, nos dice: "He aquí el indio; he aquí su vida; he aquí el nudo intacto de nuestro drama nacional."

Raúl Botelho Gosálvez, que hasta ayer fuera el benjamín de las letras nacionales, es hoy un escritor de jerarquía, seguro de su vocación y de su técnica. El nos dará la visión del valle, la vida chola, el proceso de la urbe. Y acaso un día, cuando su talento novelístico madure hasta la magnitud del tema, la gran novela andina que América espera todavía: la soledad del hombre en la quieta majestad de las montañas.

Que los manes del ancestro levanten el vuelo de esta pluma "kolla". Ella es digna de las más altas victorias.

Es posible que suscite discrepancia la apreciación de la descarga cósmica y humana de *Altiplano*. Es posible. Nunca fueron las buenas novelas mensajeras de unanimidad. Pero quien lea, entre nosotros, las páginas vibrantes de este libro hermoso y fuerte, sentirá con hondura entrañable el dolor y el orgullo de llamarse "boliviano".

FERNANDO DíEZ DE MEDINA,
La Paz, Bolivia.